

Entrémos con el alma serena, que solo lo *imperturbable* tiene en la vida algo de *divino* y *eterno*; entrémos así en el estudio de los hombres y las cosas de este pueblo, al que, sin duda ninguna, tiene reservados grandes destinos la futura historia.

---

## CAPITULO PRELIMINAR.

---

Algo he de decir todavía para esclarecimiento de los estudios que siguen, rápidamente pensados y con precipitación escritos, sin libros de consulta á la mano, pero vaciado en ellos el producto de las observaciones de toda la vida.

Me basta para llenar este propósito, reproducir lo que ya tengo publicado el día 11 de Agosto de 1884.—

La materia es interesante. El mundo atraviesa un período transitorio, y todos los espíritus están saturados de revolución; aun aquellos que, dominados por el fanático amor à un pasado, que nunca volverá, presumen engañarse à sí mismos.

¡Se engañan poderosamente! Invocan el absolutismo de la autoridad y viven en perpétua conspiración; abominan al sufragio, y corren presurosos al comicio para librar cruda batalla à sus conciudadanos; aborrecen la prensa, y se apoderan de los periódicos para ex-

traviar la opinión, sorprendiendo con sus errores, muchas veces la buena fé de las gentes sencillas; niegan la personalidad de la razón, y quieren imponer su propio juicio à todos los demás; en ocasiones, sin apercibirse de ello; y si por ese poderoso instinto de la personalidad, sienten la independència, quisieran fundarla bajo un régimen de despotismo y de fuerza, que es lo único que conocen por tradición y conservan en la memoria.

La educación política de los pueblos constituye el más importante, pero más difícil problema humano. La independència es un instinto común à todos los hombres que no han caído en el envilecimiento por la degradación. La libertad es una idea que necesita comprenderse para estimarse. La paz es una resultante de la combinación de los intereses comunes con miras elevadas, subordinados aquellos al interés supremo de la patria.

Dirigiéndome á vd. desde estos lugares, necesito, amigo mio, establecer ciertas fórmulas á modo de definiciones, como puntos luminosos de partida, para el esclarecimiento vulgar de este trabajo analítico. Me comprendería vd. de cualquier modo, pero no me entenderían muchos otros.

La independència, en sentido concreto, consiste en no someterse al dominio ageno. Basta el instinto y la firmeza de voluntad para que surja el hecho. La independència se resuelve siempre en un hecho individual, por más que tome la forma colectiva.

La libertad política no es la licencia, no es la anar-

quía, no es el antagonismo de los intereses privados, no es el constante motín; se resuelve, por el contrario, en un hecho social de recíprocos derechos y deberes, limitados entre sí, porque donde comienza el derecho de otro ciudadano à quien no debe lastimarse, allí acaba nuestro derecho. De consiguiente, la libertad no es obra del sentimiento; no puede surgir del instinto, ni convertirse en hecho por la sola firmeza de voluntad. Los obstáculos de la independència son los poderes que resisten. Las dificultades de la libertad se suman en todos los errores que lleva consigo la falta de preparación política. De consiguiente, la independència es un problema de sentimiento; la libertad un problema de educación.

Inglaterra dominaba à los estados del Norte de América, y era poderosa por mar. Francia puso al servicio de los Americanos su escuadra, y decidió la victoria.

Iturbide combatió en México la independència; cambió de opinión y entregó à los poderes resistentes, despojándolos de recursos y de tropas, y la independència quedò hecha.

En uno y otro caso, como en todos los que registrá la historia, se resuelve la cuestión por resultado aritmético, suma de fuerza. Este problema es enteramente distinto al de conquista, donde la ley de la historia reserva siempre el triunfo à la civilización superior. Y no hay que confundir la conquista con las invasiones, por más que estos hechos de fuerza tengan su lugar y razón de ser en el desarrollo del progreso. Atila no conquistó, si bien el espíritu germano levanta de su postración

á los latinos para nuevas y más poderosas evoluciones. La civilización de Francia es superior á la de Alemania, y por eso Guillermo no pudo conquistar, aunque llevó sus legiones victoriosas á París; pero derribó un imperio corrompido, que habia administrado bien los intereses materiales del país, en tanto que pervertía el sentido moral y político de los pueblos en el teatro de la primera nación del mundo civilizado.

Independiente es Francia desde los orígenes más remotos de la historia inmediatos al movimiento helénico, y sin embargo, ¡cuán largo y azaroso ha sido su trabajo para fundar la libertad! Desde aquel sublime espíritu cristiano inspirado en la caridad durante el siglo XIII, en que San Luis, coronado, sentándose junto al preboste Estéban Boileau, administraba recta y gratuita justicia al pueblo, ennobleciéndole por el estímulo al trabajo, que tan impiamente relajó despues la monarquía hereditaria, convirtiendo en torpes monopolios aquellos institutos populares llamados gremios, con todo género de gabelas inicuas y crueles rescates impuestos á los aprendices, haciéndose el mismo monarca comerciante exclusivo de la sal y al Estado acaparador de todos los sacrificios del pobre, á quien sometía á la crueldad de la talla y á los trabajos forzados de la construcción de carretas sin extipendio ni salario, hasta el glorioso asalto dado á la Bastilla, ¿por cuántos dolores y torturas no tuvo que pasar el pueblo francès? Y aun entonces, ¿qué terribles combates y qué sangrientos sucesos no preceden á la constitución de la libertad? Y to-

avía necesita arrostrar la dictadura del imperio, y las restauraciones sucesivas de Luis XVIII y Cárlos X, y también el doctrinarismo eclético, que equivale al escepticismo gubernamental representado en Luis Felipe, para caer, por último, en la sorpresa que le preparò el nuevo Pisistrato Napoleòn III, filibustero de oficio y gran falsificador de todos los ejercicios del derecho político moderno.

Si, pues, la labor de la libertad es obra tan complicada y difícil, ¿podía el pueblo mexicano, desprovisto de toda preparación, fundar su libertad política á la raíz de su independencia? ¿Era, acaso, una agrupación de filósofos, unidos intelectualmente por una misma doctrina, causa exclusiva de su servidumbre y motivo único de su emigración, como lo fueron los ciudadanos y compañeros de Washington? ¿Qué doctrinas profesaban? ¿Qué administración conocían más que aquella empírica, rudimentaria, y por consiguiente atrasada, de los vireyes? ¿En qué escuelas de desgracias, contratiempos y ensayos se habían educado? ¿Existía un solo hombre en cuyo cerebro tuviera subsistencia la idea de un sistema? ¿Y cómo, sin haber sistematizado las doctrinas, que es la reglamentación de los principios, que forma el criterio y traza el procedimiento de un plan preconcebido, puede organizarse un Estado político, una administración y una hacienda? ¿No constituye todo esto el estudio tenaz y muy meditado de toda una vida, y aun así los más aventajados se equivocan? Había aquí, como en

los demás departamentos del Sur, grandes capacidades, ¿quién lo duda? pero despojadas de toda instrucción política, y la capacidad por sí sola no resuelve ninguno de éstos difíciles problemas de constitución y organización de los pueblos.

Se contaban algunos que habían leído à los enciclopedistas, y creían de buena fé que esto era bastante. La peor condición que podían traer à la vida política, era el conocimiento de la Enciclopedia, porque ella no significa otra cosa en la historia que la crítica; trabajo analítico importante, pero de consecuencia demoleadora. Por eso, donde acaba la Enciclopedia que todo lo arrasa, comienza el trabajo sintético y reflexivo de construcción, para dar cumplida satisfacción y respuesta à las necesidades que se desarrollan, levantando el nuevo edificio, con el sensato aprovechamiento de todos los materiales útiles recogidos en los escombros de la casa que se derrumbó.

¿Dónde estaban los hombres que pudieran constituir? No los había. Era preciso que se hicieran en la lucha de aspiraciones y vagos intentos; en el combate de desengaños tristes y ensayos malogrados.

El mismo D. Benito Juárez, que sobrepasaba los límites de la medida común, ¿qué conocimientos de política y administración tenía? ¿Cuál era su sistema? ¿Dónde se nos revela su plan? ¿En qué lugar se registran sus principios reducidos à fórmulas? ¿Podemos comentar sus doctrinas? ¿Dónde hallaremos la enseñanza provechosa de sus discursos? ¿A qué escuela liberal per-

teneía? ¿Cuáles fueron los orígenes de su filiación? ¿Era ecléctico como Montesquieu? ¿Era societario como Necker? ¿Era individualista como Turgot, ó siquiera sectario de Rousseau como Robespierre?

Una persona de corta estatura, de fija mirada, de difícil sonrisa; profunda en pensamientos, sóbria en palabras, afable en su trato, severa y modesta en su traje, que nunca pelea y siempre resiste; à la que no intimidan amenazas, ni logran quebrantar dádivas; sencilla en sus formas, sin propósitos vanos, ni aspiraciones pequeñas, dotada de una penetración de muy largo alcance y un sentido práctico inmenso, excusa de brio aparente, pero de voluntad inquebrantable; tan cauta, como atrevida y audaz; tan poco altanera, como confiada de sí misma; que sabe medir à compás las dificultades de las cosas y todo lo espera de sus propios esfuerzos; más impávida en la desgracia, que satisfecha en la prosperidad; que gobierna sin hacerse sentir; que conspira à cara descubierta aceptando siempre la responsabilidad de sus actos, hasta el punto de decir:—fusiladme, porque si no trataré de fusilaros;—que manda à los hombres y los somete à su deseo sin alzar un solo punto la voz; que calla muchísimo y hace muchísimo más; à quien la historia no ha rendido aún cumplida justicia, porque pertenece à los héroes de oscuro y lejano teatro, pero cuya gloria será más y más inmarcescible conforme maduren los tiempos y se derrame la luz sobre antecedentes ignorados en sacrificio por la libertad; refugiada à los bosques, sin adelantar un solo momento el primer

milímetro de la punta del pié en territorio extranjero; con valientes partidarios dispersos, mal equipados y desprovistos de todo recurso de boca y de guerra; contesta serena al estampido del acerado cañón, decretando la destitución del imperio y el cadalso para escarmiento de ambiciosos invasores. Tal era D. Benito. Dotado estaba de extraordinarias condiciones, pero todas personales. Educado en sus primeros años por un cura, cuyo nombre seguramente con razón no ha podido pasar á la posteridad, muy pronto se hizo hombre de acción, y siempre acción. Por una combinaci3n rara de condiciones, era tan elástico para ceder como tenaz para no abandonar nunca su prop3sito. De juicio recto y profundo sentido práctico, tenía la cualidad pretoriana de prestar atención oportuna á la exigencia del momento. Combatido por todo género de oposiciones, cuando advertía que la opini3n se inclinaba de un lado, hacía partido en su gobierno á los jefes, y ocultando de momento su figura detrás de estas personalidades entregadas por él á la depuraci3n de la responsabilidad pública, dejaba que se gastasen los hombres más ó menos populares, contando siempre con las veleidades de la opini3n, para sacar de nuevo á luz su personalidad necesaria, y renacer como el Fénix, de sus propias cenizas. Hombre hábil y de indisputable utilidad en tiempos tan difíciles, en los cuales vino, como no podía ménos de venir por todos los antecedentes relatados, la lucha de doctrinas no formadas; de principios no meditados; de ideas que no tenían raíz de convicci3n ninguna; de agitaci3nes sin

prop3sito; de aspiraciones sin título; de vanidosas envidias; de rencores personales y de intereses indeterminados; únicamente por sus grandes condiciones características, pudo llenar un período histórico importante de suma complicaci3n política. Dejó fundada la *libertad constitucional*; esta es su obra.

Pero fué superior á sus fuerzas el problema de la paz. Había figurado largo tiempo para que pudiera ser indiscutido hasta el punto de dominar la agitaci3n de los ánimos. Gracias á la autoridad, al respeto que merecía por la lucha sostenida con el imperio, pudo lograr una muerte tranquila en el lecho del poder. Eran sus condiciones más salientes, que constituían la raíz de su carácter, el sentimiento elevadísimo de independencia que le inspiraba por el mucho amor que tenía á su patria, y el conocimiento profundo del corazón humano, que empleaba con oportunidad y acierto para utilizar á los hombres. Pero aun cuando hubiera podido transmitir á los sucesores aquellas cualidades personalísimas, no les podía legar la consideraci3n pública que merecían sus servicios, y las agitaci3nes crecieron con su muerte. La perturbaci3n en ejercicio fué la herencia que recogió el Sr. Lerdo de Tejada. El problema de la paz quedó en pié.

Azarosa fué la situaci3n que sucedió á la muerte de D. Benito, hasta que se adelantó la figura del general D. Porfirio Diaz, que no es posible perfilar, porque asu-

me en sí grandes esperanzas y aun no ha podido llenar sus destinos.

Con D. Porfirio se abrió un nuevo período político, y tal acierto tuvo en su primera administración que logró establecer la paz, problema que solo podía resolver un hombre nuevo dotado de grandes condiciones.

El triunfo del partido liberal lo considero decisivo; y como sus diferencias no son de doctrina sino de meras apreciaciones, acaso de manera de proceder, cabe muy perfectamente el acomodamiento y la inteligencia, para dirigir todas las aspiraciones á un fin común y levantado propósito.

Hay, pues, aquí, como en toda la América, un problema político definitivamente resuelto, y es que la monarquía no puede tener lugar bajo ninguna de sus formas. Los conservadores son independientes, y se ven obligados por la fuerza de las cosas á ser republicanos. En cambio, los demagogos liberales que pudieran extraviar la opinión, no existen, porque les falta el alimento de las utopías y sus fórmulas, desconocidas por el Nuevo Mundo, y sin eco posible en la muchedumbre.

La demagogia roja, tan repudiada por los hombres del Norte, no tiene en la América latina campo de acción, porque carece de antecedentes que no se pueden improvisar. Lo que cabe y existe es la demagogia ultramontana, pero desarmada y vencida, porque como todo fanatismo idólatra, como todo *antropomorfismo*, necesita un ídolo, una personificación, y aquí no hay Valois, ni Capetos, ni Luises, ni Cárlos V y VI, y hasta VII en

pretensiones.—No hay más que una lamentación vulgarísima, de la cual tanto se ha abusado, que el mundo sensato hace con ella lo que Dante en el infierno, volver la cara y pasar. La lamentación se reduce á la persecución que por la libertad sufren los intereses católicos. Pero, ¿qué intereses son estos injustamente atropellados? ¿Són los intereses de un Dios descalzo, cuyo reino no es de este mundo, y que enseñó á la Samaritana á adorar á Dios en espíritu y verdad? ¿Son los intereses que desarrolló la maravillosa inteligencia de San Pablo, tan llena de la idea de la humanidad, que ha confundido las razas en la pila del bautismo y dado la fórmula de la verdadera fraternidad que no pudo siquiera perfilar el *Tesera hospitalitati* instituido por la República de Roma? ¿Són los intereses que armaron con espada flamígera la mano del Papa San Gregorio, contra el sacrilegio y la simonía que devoraban á la Iglesia docente? ¿Són acaso aquellos intereses que representó el ilustre cardenal Ximenez de Cisneros en España? ¿Són los que administraba con tan exquisito esmero y prudencia San Luis, rey de Francia?

No; los intereses que avasalla el principio liberal, són los que persiguió Gregorio VII; aquellos mismos contra los que levantó en su santa diestra Jesucristo el ignominioso látigo para arrojar de la casa de Dios á los mercaderes; són aquellos que repudia hoy León XIII y que no autoriza que se mantengan en la prensa á título de órganos del catolicismo. ¿Acaso són los intereses católicos aquellos que entrafía la política insidiosa de Riche-